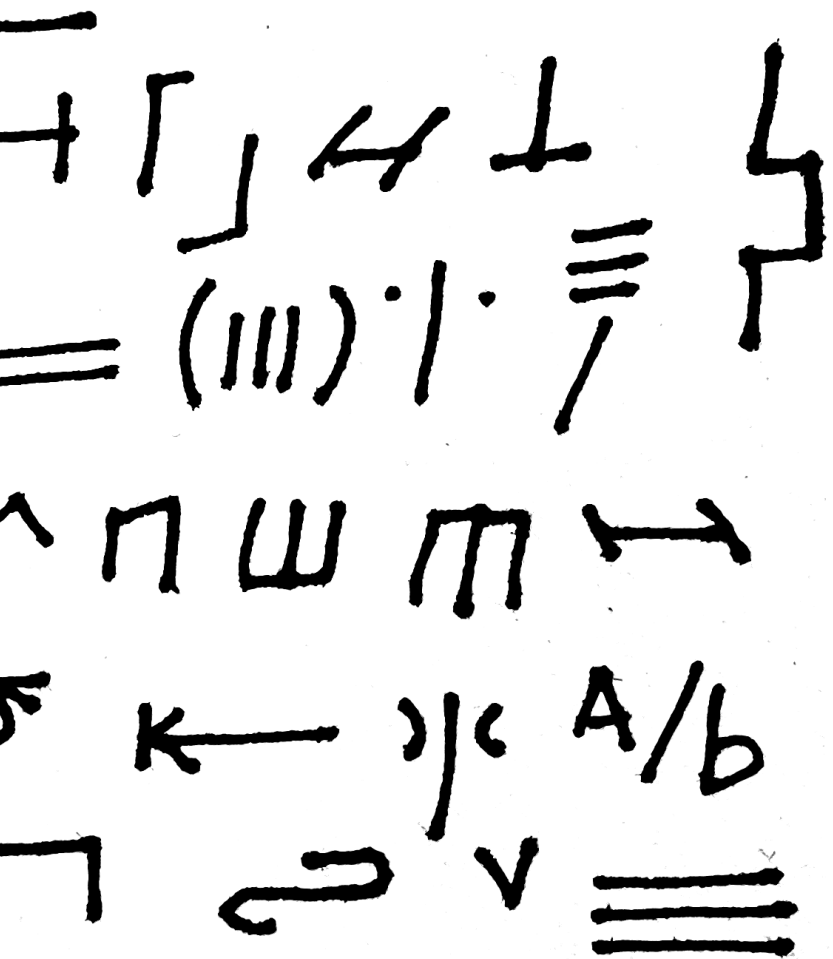


“De la Torre” por “De la Cruz”, o el día en que Gerardo mordió el polvo

GERARDO DE LA CRUZ



Gerardo de la Torre fue uno de los mejores correctores de estilo formados de manera autodidacta. Con mano suave, pero firme, limpiaba el hollín de los textos más turbios; reestructuraba con sencillez lo que parecía un edificio en ruinas; los intervenía sólo cuando era necesario y, a la manera de un Quijote del bolígrafo rojo, enderezaba los tortuosos laberintos sintácticos de autores que, queriendo decir una cosa de manera rimbombante, terminaban soltando un disparate. Era un trabajo que realizaba con mucha pasión, aunque no estaba exento de episodios de furia explicativa:

—¿Cómo puedes decir que se quedó parado en el quicio de la puerta? —empezaba la cátedra—. ¡Eso no existe, no es posible! A menos que se trate de un pinche duende irlandés que se te apareció borracho. Y ni así. El quicio es esa parte de las puertas y las ventanas por donde se inserta el espigón para que la puerta gire, no hay manera de pararse ahí.

—Tal vez en sentido metafórico —podría uno argumentar.

—Querrás decir figurado —atajaba De la Torre—. Pero en sentido figurado alguien está fuera de juicio cuando dice un sinsentido; pero no puede pararse en el juicio de la puerta, no es posible: el juicio es... —y la cátedra, más o menos con las mismas palabras, se reproducía un par de veces, para que no quedara duda del uso incorrecto de la expresión.

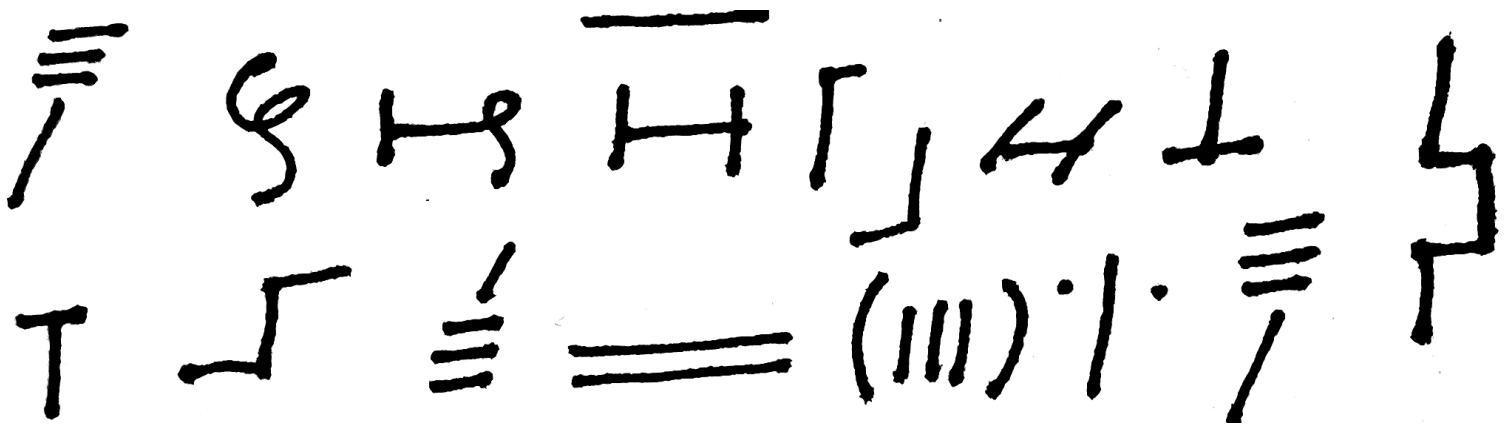
A De la Torre le encantaba compartir esas minucias del lenguaje —a fin de cuento obrero de la palabra, antes que petrolero—, era parte de su charla cotidiana. En la cantina, en el trabajo, en sus relaciones de pareja, no perdía oportunidad de corregir o destacar un equívoco o el uso inapropiado y ampliamente extendido de una u otra expresión. Tal vez ese afán por la precisión del lenguaje partiera de su experiencia en el taller de Juan José Arreola, al que asistió a principios de los años sesenta, o en las tertulias de Libros Escogidos de Polo Duarte, con los exiliados españoles; y su habilidad de cirujano para sanar una cuartilla descompuesta, de su trabajo en las mesas de redacción de los diarios y revistas donde colaboró en distintas épocas, como *El Nacional*, donde se formó como periodista cultural de la mano del poeta Juan Rejano; en la revista *Siempre!*, cuando estuvo Paco Ignacio Taibo II al frente del suplemento cultural; y en *Memoria de Papel*, donde trabó amistad con los escritores David Martín del Campo y Mónica Lavín. Pero lo que lo convertía en un corrector fiable como pocos era su enorme curiosidad y su capacidad para profundizar en los temas que desconocía. Su campo de conocimiento no se limitaba a la literatura. GT era un lector gozoso de divulgación científica —uno de los títulos que solía incluir en la lista de libros que se llevaría a una isla desierta era el clásico *Cazadores de microbios* de Paul de Kruif, el cual leyó de muchacho trepado en un árbol, donde se detenía de regreso de la refinería de Azcapotzalco—, y gracias a ello podía discutir con holgura sobre cuestiones de biología, medicina, física cuántica, historia —especialmente del siglo XX, que podía relatar como si hubiera sido testigo presencial— y, desde luego, de cine, política, beisbol. Si un texto tenía incongruencias en su información, Delatur las detectaba.

El trabajo editorial, después de la escritura, fue una de las principales fuentes de ingreso de GT durante los últimos treinta y cinco años. Nosotros

(sus alumnos de la Sogem) conocíamos el estado que guardaba cada uno de los trabajos que llegaba a sus manos porque nos dábamos cita semanalmente en su departamento para hablar de todo y de nada y algo más. Durante varios años Gerardo nos reservó ese espacio; cuando se acercaba la interminable hora del dominó, de una mesa cuadrada de losetas negras que lo mismo servía para comer, trabajar, jugar, planchar y doblar la ropa, retiraba una resma de pruebas finas marcadas con tinta roja por aquí y por allá. Conforme crecía la angulosa víbora blanquinegra del dominó e intercambiábamos parejas de juego, GT rendía pormenorizado parte de los gazapos con los que se había topado en la jornada, informes que adquirirían el matiz de verdaderas cápsulas educativas.

En 1998 se me presentaron mis primeras oportunidades de trabajo como corrector de estilo. Facundo Burgos, condiscípulo de la Sogem que acababa de tomar la dirección de la división de libros de Grupo Editorial Vid, que antes llevaba Joaquín Díez-Cane-do Flores, me encomendó, más por amistad que por mérito propio, la revisión de la sexta novela por publicar de Gerardo de la Torre, *Morderán el polvo*. Los cercanos al autor habíamos asistido la gestación de esa novela y sabíamos a fuer de repetición su memorable arranque: “Nunca me he ido a la cama con una mujer fea, pero he despertado con algunas horribles”. Cuando Gerardo compartía sus avances y ocurrencias, yo no sabía qué esperar de esa historia que hacía escarnio de la fortuna amorosa de los hombres solos.

Antes de conocerlo, mi único acercamiento a su obra había sido a través de escasos números de *Fantomas* —que jamás podrá catalogarse dentro de “su obra”— y luego, como quien no quiere la cosa, en una de las primeras visitas a su casa, por ahí del 95, me obsequió como carta de presentación *Los muchachos locos de aquel verano*, que narra el desencantado encuentro de Valerio y Emilio, dos personajes derrotados por la vida, rebasados por sus sueños de cambiar al mundo. Caray, no es una novela para leer en la cama; desde las primeras páginas me mareó su aliento a vodka y una angustia que no me soltó sino hasta bien avanzado el libro. Tuve que dejar la lectura; su estilo apabullante y vertiginoso, el encanto amargo de su historia, no eran materia propicia para el sueño. Aunque la realidad es que yo no estaba leyendo la



novela: estaba admirado por su complejo andamiaje, como un arquitecto atónito ante la magnificencia de una catedral gótica.

Con *Morderán el polvo* / *Novela de orientación conyugal*, que se ocupa de la ruinosa vida amorosa de un escritor de segunda línea y su imaginaria venganza en contra de quienes le destrozaron el corazón, Gerardo decidió respirar. El ambiente asfixiante de *Los muchachos* en *Morderán* se evaporó; ahora escribía con la libertad de quien se ha propuesto contar una historia sólida de principio a fin, mas no por ello lineal, y reírse de la vida —su vida—, sin condescendencia. Qué fácil se dice y qué complejo es hacerlo. Como alguna vez lo intentó con su segunda novela, *La línea dura*, el desparpajado manifiesto de un sastre comunista que declara territorio independiente una chinampa en Xochimilco, una crítica burlona hacia el ala dura de la izquierda mexicana, de la cual sus compañeros militantes apenas se enteraron porque el tiraje fue embargado. Después de explorar durante casi treinta años la condición humana a través de las tribulaciones de los trabajadores del petróleo y los desclasados, De la Torre no necesitaba demostrarle nada a nadie, ni a él, y volvió la mirada hacia sus colegas escritores: mismas obsesiones, diferentes expresiones.

A los veintitantos uno es joven e insolente, y el mucho o poco respeto que se les puede guardar a los mayores se desvanece en el afán de demostrar que puede uno con los retos, así que decidí enfrentar la encomienda de realizar la lectura de pruebas finas de *Morderán* como si GT fuera un compañero de la Facultad al que le fuera a revisar el ensayo que hizo de centón. Con profesionalismo irreprochable, aceptó mis correcciones sin chistar: “Lo que diga De la Cruz, eso es”. Mi intervención como corrector, la verdad,

fue casi contemplativa; el trabajo de edición y el de diagramación de Vid era bastante limpio. Sólo propuse castellanizar el catálogo de bebidas que corrían a lo largo de sus 293 páginas y restituí uno que otro acento perdido. ¿Qué sugerencia de estilo podría hacerle a Gerardo?

Al margen del trabajo, yo me sentía algo enojado, si he de ser honesto, con *Morderán*. No entendía (como ahora sí entiendo) por qué la catedral se había convertido, aparentemente, en una modesta parroquia. Cuando Gerardo me preguntó qué me había parecido su novela, fui ingenuamente sincero:

—En comparación con *Los muchachos locos*, es una novela menor.

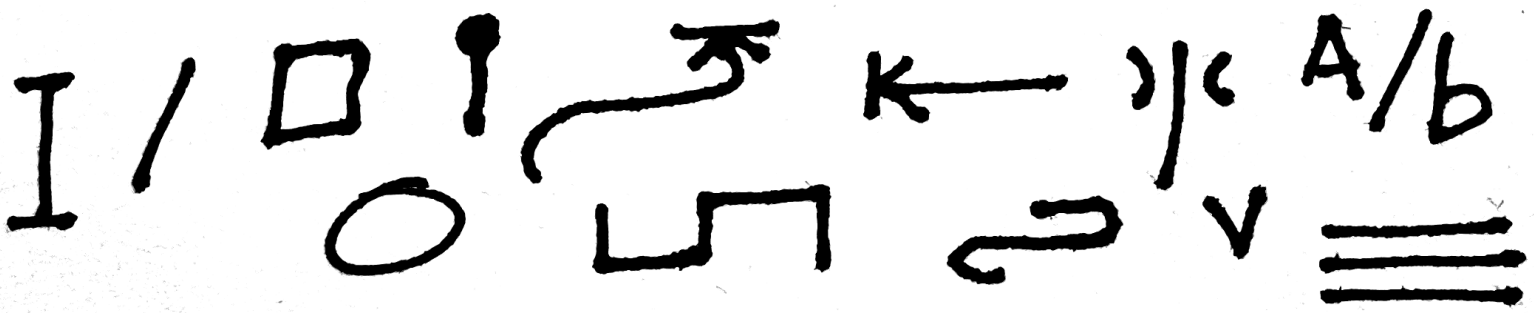
De la Torre estalló en risas, agazapado tras sus piezas de dominó:

—Una novela menor —repetió—: a ver, escríbete una así —y el juego, la charla y la amistad continuaron como si nada, aunque yo, inconscientemente, acepté el reto.

La *Novela de orientación conyugal* entró en prensa a principios de 1999 y el 12 de marzo, en el desaparecido restaurante Luvina, GT tuvo en sus manos los primeros ejemplares de su nuevo libro, que Facundo, hoy alejado del medio editorial, juraba que había secuestrado de la imprenta. Brindamos, jugamos y festejamos al maestro por partida doble, por su próximo aniversario sesenta y uno y por la materialización de su sexta novela.

Tiempo después, como de costumbre, nos encontramos en el bar que frecuentaba con sus alumnos después del taller de cuento en la Escuela de Escritores de la Sogem. Apenas asomé la cabeza, la voz de Gerardo se impuso en medio de una discusión:

—Ahí viene el Güero, él nos va a sacar de la duda —y el dedo flamígero de GT se extendió hacia mí des-



de el fondo de una mesa de veinte personas— De la Cruz, cómo se debe escribir: *fútbol*, *béisbol*, *video* —me preguntó, enfatizando la primera sílaba en cada caso—, ¿con tilde, como lo acentúan en España, o *futbol*, *beisbol*, *video*, sin acento, como lo pronunciamos los mexicanos?

—Si el libro es mexicano, sin tilde —respondí sin chistar—, como hablamos.

GT respingó, más resignado que molesto:

—¿Entonces por qué lo acentuaste en *Morderán*? —echó a reír, mostrándome su ejemplar marcado en rojo—. Ahí estoy yo como pendejo luchando contra el corrector automático de Word para quitarle la tilde a *beisbol* cada vez que lo escribo, para que al final llegue un corrector y lo estropee todo. Ahora sí que me tocó morder el polvo.

El azar es canijo con los correctores de estilo, siempre nos pone a la vista la errata que escapó a la cacería ya impreso el libro la primera vez que lo hojeamos. Y así ocurrió con *De la Torre*: abrió al azar uno de sus ejemplares de la novela, y de golpe su mirada se colgó de una tilde indeseable en la página 130, nada menos que en una de sus pasiones, el *beisbol*. No tuvo que buscar mucho para encontrar otro discutible gazapo en la 151: *fútbol*.

—Al menos fui consistente —intenté defenderme, pero a esas alturas ya no importaban los argumentos, el daño estaba hecho. El acento en *beisbol* no era un tema de criterios ortográficos ni editoriales, era una cuestión de principios para GT, una suerte de defensa del habla sobre la cual yo, fiel al diccionario, había pasado encima.

Lejos de albergar sentimientos adversos en mi contra, cada vez que obsequiaba alguno de sus ejemplares de autor en mi presencia se detenía en las páginas 130 y 151 para tachar las tildes de marras, no

sin antes aclarar que yo había sido el corrector, que había sembrado la errata y que además opinaba que era una novelita menor.

—Con estos amigos para qué quiero enemigos —se mofaba de sí mismo.

La primera vez que lo hizo, al fragor del dominó, me resultó gracioso; la segunda, no tanto; a la tercera, ya sólo veía la pila de ejemplares que le faltaba regalar para que dejara de contar la penosa anécdota. Hasta que se me presentó la oportunidad de redimirme, justo la noche en que *De la Torre* convocó a Leo Eduardo Mendoza, narrador y guionista de gran corazón, al dominó de los sábados, que llevaba meses reclamándole un ejemplar dedicado de su reciente novela. Unas cuantas botellas de vino después, Gerardo fue por el libro y una pluma para escribir la dedicatoria y enmendar lo que a su juicio era un error, al tiempo que se solazaba contando la anécdota y mi comentario fácil.

—Pero la errata más importante ahí sigue, *Delatur* —GT interrumpió la dedicatoria a Leo y me miró con gesto de alarma; cogí el libro y lo abrí en la portadilla—. Táchale aquí: donde dice *de la Torre* debe decir *de la Cruz*.

La explosiva risa de Leo cimbró el departamento de Vértiz. Yo, ingenuamente, pensé que esa gracejada me libraría del jocoso relato sobre mi participación en aquella primera edición. Al contrario, el cuento encontró un remate, sin importar que años después, ante mi palmario fracaso de concretar algo de la estirpe de *Morderán el polvo*, reconociera cuán equivocado estaba sobre su novela. La historia que a GT le gustaba contar ya estaba escrita. ●

